

cristiano—, sino como el mito común o básico del hombre. Su añoranza de luz en una tierra imperfecta.

Aleixandre describe en uno de los más bellos poemas del libro, y el primero cronológicamente, «Primavera en la tierra», la vida tocada por él, en aquel edén, ahora perdido. Describe, desde la tristeza presente, desde los *cielos de plomo pesaroso*, el antiguo edén, ubérrimo de sol, donde las flores se abrían como bocas embriagadas, y los bosques acunaban, mágicos, el arrullo del viento. Aquel edén de hermosísimos mares codiciables, puros, ardidos de cánticos, donde él estuvo

Como un delfín que goza las espumas tendidas.

Y entonces nos preguntamos: ¿cuál era ese edén?, ¿cuál es el paraíso perdido? Para algunos la respuesta sería inmediata. El paraíso al que se refiere Aleixandre es la infancia, aquella lejana infancia vivida por él junto al Mediterráneo malagueño, y que desde la madurez añora como un feliz mundo perdido. Pero tal respuesta es, a mi juicio, sólo parcialmente verdadera. Porque si bien es cierto que en el libro abundan las referencias e incluso los poemas que evocan la infancia como el perdido edén (así «Ciudad del paraíso», «Mar del paraíso» o «Criaturas en la aurora»), no es menos cierto que tales referencias no agotan el libro. El edén perdido es para Aleixandre, a un nivel estrictamente personal, aquella infancia malagueña; pero el edén al que los poemas fundamentalmente se refieren es el de un mundo perfecto, inexistente, donde la naturaleza aparece prístina a la vez y sublimada. Un mundo auroral, intocado por el hombre, lleno de fuerzas vírgenes, donde era posible una felicidad total en la fusión gozosa con la naturaleza. Un mundo, diríamos, que todos hemos presenciado en algún momento, pero que no poseemos: el mundo de la leyenda, el de nuestra vitalidad exaltada. Y claro es, dentro de ese perdido mundo en plenitud, los recuerdos de la infancia son sólo unos cuantos rasgos sémicos, unos leves elementos dentro de la significación total del edén perdido. O, interpretados de otra manera, serían los vestigios más cercanos a nosotros de nuestro antiguo palacio, de nuestra gran ruina.

Tomemos como ejemplo de lo que decimos uno de los poemas, mencionado ya, en que más patente está el recuerdo o la evocación de la infancia: «Ciudad del paraíso». Según el propio Aleixandre, el referente del poema es la ciudad de Málaga, en la que pasó su niñez. Y el texto nos da referencias concretas: una ciudad al pie de un monte, besada por el mar, de la que el poeta recuerda palmeras y noches cálidas con remotos rasgueos de guitarra, y paseos, entre

calles estrechas y blancas, de la mano materna. Pero basta una lectura del poema para notar que todo va más lejos. Existen las concretas evocaciones, pero la ciudad no es real. Es una ciudad fabulosa, suspendida en el aire, entre la montaña y el amoroso mar que la anhela, donde alguna vez (remota) tal vez vivieron hombres (tal vez vivieron, porque su felicidad era tamaña, que no eran conscientes de su vida)

eternamente fúlgidos como un soplo divino.

Es, pues, la ciudad mítica de una vida pretérita. Inconcreta, irreal, como suspendida en un espacio sin tiempo. Tan mitificada, tan lejana (aunque viva), que el poeta exclama: ¡Oh ciudad no en la tierra! Y termina su evocación (y el poema) con la imagen de la maravillosa ciudad amada, en la que alguna vez vivimos, como ciudad celeste, desprendida del mundo, bogando por el espacio, irreal, casi imposible...

*Por aquella mano materna fui llevado ligero
por tus calles ingravidas. Pie desnudo en el día.
Pie desnudo en la noche. Luna grande. Sol puro.
Allí el cielo eras tú, ciudad que en él morabas.
Ciudad que en él volabas con tus alas abiertas.*

Así es que *Sombra del paraíso* es la descripción lírica de un perdido edén. De una plenitud que tuvimos (o que sentimos que hemos tenido) y que recordamos, añorantes, desde la ruina de ahora. Por tanto, junto a la evocación de la infancia, como parte viva de aquel paraíso, el libro nos irá mostrando, cantando mejor, sus características, sus cualidades y sus seres.

En aquel remoto tiempo del origen vivimos la gloria de la mañana del mundo. Un mundo, pues, en el que dominan, puros, omnipotentes, hermosos, llenos de fuerza, los elementos primigenios, los seres elementales: el mar, la lluvia, los ríos, las selvas, la noche con sus astros o las flores vivísimas... Todos ellos, eso sí (como en una cosmogonía primitiva), animados, dotados de espíritu, seres vivos, capaces de sensaciones. Quizá, a este respecto, la parte más significativa del libro sea la titulada *Los inmortales*, que son una serie de siete poemas, más bien breves, dedicados a cantar los elementos básicos y aurorales de la vida: lluvia, sol, palabra, tierra, fuego, aire y agua. Elementos vistos, según acabo de decir, como entes vivos. Así el mar es un *dios sin muerte*, y la lluvia una cintura (no metafóricamente, sino consustancialmente), en la que el brazo que ciñe sería como el viento. Este animismo está siempre presente en *Sombra del paraíso*, ya que en el edén todo es plenitud de vida. Y así, en un

curioso y bellísimo poema titulado *No estrella* (3), el cuerpo amado (el de otro ser que habitó también el paraíso) se consustancializa con una estrella, es al mismo tiempo cuerpo y astro, que el poeta pide amar, fulgente, derribado sobre la hierba.

*¿Quién dijo que ese cuerpo
tallado a besos, brilla
resplandeciente en astro
feliz? ¡Ah, estrella mía,
desciende! Aquí en la hierba
sea cuerpo al fin, sea carne
tu luz. Te tenga al cabo,
latiendo entre los juncos,
estrella derribada
que dé su sangre o brillos
para mi amor (...).*

Toda esta exaltación de los seres primigenios conlleva una ponderación de lo natural; típica ya, aunque más acentuada aquí, de la poesía toda de Aleixandre. Se ensalza el mundo natural, su pasión, su poder, su vida. Y todo lo que él comporta: el amor, entendido como un contacto pleno con la materia viva, la belleza en un mundo que es resplandor por su vitalidad, o la desnudez como estado natural de la criatura edénica, feliz, libre de la rueda del tiempo.

Y esto enlaza con otra característica del libro: la leve presencia humana. En efecto, si excluimos algún poema de referente familiar como «Padre mío», o algún otro donde se exalta al hombre natural, al labrador que vive en perpetuo contacto con la tierra («Hijos de los campos»), la presencia humana en el paraíso es muy ligera. Son los cuerpos o amadas entregados al amor, algún ser adánico que pasea entre selvas y marañas vegetales, pero nada más. Y deducimos entonces en seguida que el más perfecto edén desconoce al hombre. Al menos al hombre que nos sentimos ser. La naturaleza ubérrima, esplendorosa de su propia vida, gozosa en la fuerza iluminada de sus colores y sus perfumes, no necesita de la presencia humana para ser perfecta. Así en el poemita «El fuego», de *Los inmortales*, tras describirlo como una pura luz, vivísima de tan natural, y en la que vuelan las aves sin abrasarse, el poeta concluye:

*¿Y el hombre? Nunca. Libre
todavía de ti,
humano, está ese fuego.
Luz es, luz inocente.
¡Humano: nunca nazcas!*

(3) Hay en este poema, y en función del vitalismo del libro, una oposición a la concepción *stilmovista* de la amada como una estrella, resplandeciente y alta.

Con todo sería erróneo concluir que *Sombra del paraíso* es un libro deshumanizado. Aleixandre sigue siendo pesimista respecto a la realidad humana (tal como ya vimos sucedía en su cosmovisión), pero es siempre el hombre—y él lo corrobora—el que refleja la conciencia de un paraíso, así como la de su pérdida. Pero el hombre paradisiaco es no un ser especial, centro o eje de nada, sino un ser más, un ser entre los seres, que vive—o ha vivido—como los demás, sumido en el esplendente fragor de la naturaleza. Un ser, por tanto, que, como el poeta del poema inicial del libro, está inserto en el universo, imbuido de sol, hijo del sol:

*mientras tus pies remotísimos sienten el beso
postrero del poniente
y tus manos alzadas tocan dulce la luna,
y tu cabellera colgante deja estela en los astros.*

Ese es el hombre edénico. Me atrevería casi a decir no el hombre, sino una criatura. Un ser virginal, inocente, perdido y comunicado con lo vegetal y lo mineral, un ser armónico con la naturaleza, sobre la que no ejerce ninguna fuerza mutadora o destructora. Es el mundo glorificado que describe otro de los mejores poemas del libro, «Criaturas en la aurora»:

*El placer no tomaba el temeroso nombre de placer,
ni el turbio espesor de los bosques hendidos,
sino la embriagadora nitidez de las cañadas abiertas
donde la luz se desliza con sencillez de pájaro.
Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales
de un mundo virginal que diariamente se repetía
cuando la vida sonaba en las gargantas felices
de las aves, los ríos, los aires y los hombres.*

¿Cuál es, pues, podemos preguntarnos, el rasgo fundamentalmente distintivo del hombre edénico, del antiguo habitante del paraíso? Sin duda, la comunión plena con la naturaleza. La fusión con lo natural, que lleva a Aleixandre a un auténtico panteísmo naturalista, ya que, como veíamos antes, todos esos seres naturales son fuerzas divinizadas, dotadas de inmortalidad y de aliento.

A veces (como en el poema «El desnudo») la naturaleza se confunde con el cuerpo de la amada, de forma que cuando el poeta la toca y la besa, es también con el orbe natural con quien se está abrazando. En «Plenitud del amor», el poeta, que ha gozado de la entrega amorosa, feliz, se funde, por efecto de esa misma felicidad, con todo el paisaje que le rodea.